

consideración es la que servirá para justificar mi hipótesis, según la cual prefiero el *tercer* principio a los otros dos y atribuyo nuestro aprecio por el rico a una simpatía por el placer y ventajas que esta persona obtiene en virtud de sus posesiones. En efecto, dado que tampoco los otros principios pueden actuar con la debida extensión ni explicar todos los fenómenos de esta clase sin recurrir a la simpatía, del tipo que sea, es mucho más natural que escojamos la simpatía inmediata y directa en vez de la remota e indirecta. Y a esto cabe añadir también que, si las riquezas o el poder son muy grandes, y hacen que una persona sea de importancia y consideración en el mundo, el aprecio que acompaña a esas cosas puede ser asignado en parte a otra fuente distinta a las tres citadas, a saber: al interés que proporcionan a la mente por la perspectiva de las numerosas e importantes consecuencias que esas ventajas producirán. Sin embargo, para explicar la operación de este principio nos es necesario remitirnos también a la *simpatía*, como hemos visto ya en la sección anterior.

Puede que no esté ahora de más el poner de relieve la flexibilidad de nuestros sentimientos y las distintas modificaciones que tan fácilmente reciben de los objetos con que están conectados. Todos los sentimientos de aprobación que acompañan a cualquier especie particular de objetos tienen gran semejanza entre sí, a pesar de derivarse de fuentes distintas. Por el contrario, cuando estos sentimientos se dirigen a diferentes objetos tienen un distinto modo de afectividad, a pesar de derivarse de la misma fuente. Así, el placer que la belleza de todos los objetos sensibles nos causa es de suyo el mismo, a pesar de que unas veces se deriva del mero *aspecto*<sup>98</sup> y modo de manifestarse de los objetos, y otras de la simpatía e idea de su utilidad. De igual modo, cuando contemplamos las acciones y carácter de

<sup>98</sup> *species*, en el original. El término parece estar aquí utilizado en su sentido latino.

os hombres sin estar particularmente interesados en ello, el placer o dolor surgido de la contemplación es en general de la misma clase, con alguna pequeña variación, a pesar de que posiblemente haya gran diversidad en las causas de que se deriva. Por el contrario, una casa confortable y un carácter virtuoso no causan idéntico sentimiento de aprobación, aunque el origen de ese sentimiento sea el mismo: la simpatía e idea de la utilidad de dichas cosas. Existe algo realmente inexplicable en esta variación de nuestra afectividad; sin embargo, tenemos experiencia cierta de ello en todas nuestras pasiones y sentimientos.

## Sección VI

618

### CONCLUSION DE ESTE LIBRO

Tengo en general la esperanza de que nada haya quedado sin prueba rigurosa en este sistema de ética. Sabemos que la simpatía es un muy poderoso principio de la naturaleza humana. Sabemos también que tiene gran influencia sobre el sentimiento de belleza, lo mismo cuando contemplamos objetos externos que cuando juzgamos de asuntos morales. Vemos que tiene fuerza suficiente para proporcionarnos los más intensos sentimientos de aprobación cuando opera por sí solo, sin la intervención de ningún otro principio, como ocurre en los casos de la justicia, la obediencia civil, la castidad y la cortesía. Podemos observar que todas las circunstancias necesarias para su operación se encuentran en la mayoría de las virtudes, y que casi todas tienen tendencia al bien de la sociedad o al de la persona que las posee. Si ahora relacionamos todas estas circunstancias entre sí, no nos cabrá duda alguna de que la simpatía constituye la fuente principal de

las distinciones morales, especialmente si advertimos que es imposible hacer una objeción a esta hipótesis en un caso sin extender la objeción a todos los demás. Se aprueba la existencia de la justicia por la sola razón de su tendencia al bien común, pero hasta el mismo bien común nos sería indiferente si la simpatía no nos hiciera interesarnos por él. Lo mismo podemos pensar de todas las demás virtudes que tienden de modo análogo al bien común. Estas virtudes tienen que derivar su carácter meritorio de nuestra simpatía hacia quienes obtienen algún beneficio de ellas, de la misma manera que las virtudes tendentes al bien de quien las posee derivan su mérito de nuestra simpatía hacia esa persona.

La mayoría de la gente admitirá sin dificultad que las cualidades de la mente que son útiles resultan virtuosas precisamente en razón de su utilidad. Este modo de pensar es tan natural y se da en tantas ocasiones que pocas personas sentirán reparos en admitirlo. Ahora bien, una vez admitido esto, no queda más remedio que reconocer el poder de la simpatía. La virtud es considerada como medio para un fin. Los medios son valiosos sólo en tanto que el fin lo sea también. Pero la felicidad de las personas ajenas nos afecta únicamente por simpatía. Luego será a este principio al que tendremos que atribuir el sentimiento de aprobación, que surge del examen de toda virtud útil a la sociedad o a la persona poseedora de dicha virtud. Además, estas virtudes constituyen la parte más importante de la moral.

Y si en este asunto hubiera que obligar a que los lectores asintieran, empleando algo que no fuesen sólidos argumentos, estamos abundantemente provistos de tópicos en este particular con los que ganarnos el interés de la gente. Todos los que aman la virtud (y de esta clase somos todos nosotros en teoría, a pesar de que no lo pongamos en práctica) tienen que ver ciertamente con agrado que las distinciones morales se deriven de una fuente tan noble y que nos ofrezca

una justa noción, tanto de la *generosidad* como de la *capacidad* de la naturaleza humana. No necesitamos conocer gran cosa de los quehaceres humanos para darnos cuenta de que el sentimiento moral es un principio inherente al alma humana y uno de los elementos más poderosos de su composición. Pero este sentimiento deberá adquirir ciertamente nuevo vigor cuando, al reflexionar sobre sí mismo, apruebe los principios de que se ha derivado, sin encontrar en su nacimiento y origen nada que no sea grande y bueno. Quienes reducen el sentimiento moral a instintos originales de la mente humana pueden defender la causa de la virtud con autoridad suficiente, pero les falta la ventaja que poseen quienes dan razón de este sentimiento por una simpatía extensiva a toda la humanidad<sup>99</sup>. De acuerdo con este sistema, no sólo hay que

<sup>99</sup> Fundamental corrección a Hutcheson. A su través, puede ser interesante señalar el punto axial de la filosofía moral de Hume. Si exceptuamos a Epicuro (y, en parte, al propio Aristóteles), cabe decir que Hume es el primer pensador que propone una ética resueltamente *humanista*, sin recurso alguno a elementos teológicos. HUTCHESON había considerado «misteriosa» la actuación del *moral sense*, para poder acudir, en definitiva, a la Divinidad como principio de explicación (*Illustrations Moral Sense. British Mor.*, pág. 412. Y también la *Inquiry*, ed. cit., pág. 93 y otros pasajes). Que Hume es plenamente consciente de la innovación que su doctrina representa se ve claramente en la audacia de pedir al propio Hutcheson: «Si hiciera usted algunas modificaciones en sus escritos, puedo asegurarle que muchas personas desearían que considerase usted con más detalle este punto» (*Letters*, I, página 40). Y, en la misma carta, plantea directamente el problema: «Si la moralidad estuviese determinada por la razón, sería la misma para todos los seres racionales. Pero nada sino la experiencia puede garantizarnos que los sentimientos son los mismos. ¿Y qué experiencia tenemos de seres superiores? ¿Cómo podemos atribuirles ningún sentimiento en absoluto?» (*ibid.*, subr. mío). Por lo demás, si el *Tratado* en general pasó desapercibido, sus connotaciones morales y religiosas fueron tenidas muy en cuenta. Como señala Greig en nota *ad locum*: «En 1737 el Presbiteriado de Glasgow persiguió a Hume por enseñar doctrinas heréticas: 1) que el criterio de la bondad moral consiste en promover la felicidad de los demás, y 2) que podemos tener conocimiento del bien y del mal sin — y antes

aprobar la virtud, sino también el sentimiento de la virtud; y no sólo este sentimiento, sino también los principios de que se deriva. De esta forma, nada aparece por parte alguna que no sea laudable y bueno.

Esta observación puede hacerse extensiva a la justicia y otras virtudes de este tipo. Aunque la justicia sea artificial, el sentimiento de su carácter moral es natural. Es la alianza de los hombres en un sistema de conducta lo que conviene a todo acto de justicia  
620 en algo beneficioso para la sociedad. Pero una vez que dichos actos tienen ya tal tendencia, los aprobamos *naturalmente*, pues, si no lo hiciéramos así, sería imposible que ninguna alianza o convención pudiera producir nunca ese sentimiento.

La mayoría de las invenciones humanas están sujetas a cambios, pues dependen del capricho y humor del momento. Están de moda por un tiempo y caen luego en el olvido. Por ello es posible que alguien tema que la admisión de que la justicia es una invención humana implique que deba ser situada al mismo nivel. Sin embargo, el caso es aquí bien diferente: el interés en que se basa la justicia es el mayor imaginable y se extiende a todo tiempo y lugar. Tampoco puede ser manipulado por otra invención, sino que es evidente de suyo, y se descubre en la misma formación primera de la sociedad. Todas estas causas hacen de las reglas de justicia algo firme e inmutable o, al menos, tan inmutable como la naturaleza humana. ¿Acaso podrían tener mayor estabilidad de estar basadas en instintos originales?

El mismo sistema puede ayudarnos a tener una noción correcta de la *felicidad*, y también de la *dignidad*

de— conocer a Dios.» (La fecha es errónea; debe tratarse de 1757, año de la petición de excomunión. Cf. *nota 29* de la *Autobiografía*). El principio de simpatía (criterio *social*) sustituye así a la divinidad en la fundamentación de la ética. Las revisiones posteriores (cf. *nota 28*) afectarán al mecanismo asociativo del principio, pero no a su sentido (*benevolencia humanitaria* como fundamento último).

de la *virtud*, con lo que podremos interesar así a todo principio de nuestra naturaleza en la admisión y fomento de esta noble cualidad. ¿Quién no experimentará de hecho un aumento de celo en sus deseos de mayor conocimiento y capacidad natural, del tipo que sea, cuando advierta que, además del provecho inmediatamente resultante de la adquisición de esas cualidades, éstas le darán también nuevo brillo a los ojos de los hombres, al estar acompañadas universalmente de aprecio y aprobación? ¿Y quién pensará que cualquier ventaja debida a la fortuna puede compensar suficientemente la más pequeña transgresión de las virtudes *sociales*, cuando advierta que no sólo su carácter de cara a los demás, sino también su propia paz y satisfacción interior dependen por completo de la observancia de esas virtudes, y que nadie será capaz de soportar su propia imagen si no ha contribuido al bien de la humanidad y la sociedad? Pero no quiero seguir insistiendo en este punto. Las reflexiones de este género requieren una obra aparte y de muy distinto carácter al de la presente. El anatomista no debe emular nunca al pintor ni pretender en sus cuidadosas disecciones y representaciones de las más pequeñas partes del cuerpo humano infundir a sus figuras nin-  
621 guna actitud o expresión agraciada y atractiva. Existe incluso algo de repugnante, o al menos de prolijo, en el aspecto de las cosas que el anatomista presenta. Sería necesario situar los objetos más a distancia, de modo que fueran apreciados en su conjunto, para hacerlos atractivos a la vista y la imaginación. Y, sin embargo, el anatomista se halla admirablemente dotado para aconsejar al pintor; es más, resulta incluso impracticable descollar en este último arte sin la ayuda del primero. Necesitamos tener un conocimiento exacto de las partes, y de su situación y conexión, antes de poder dibujar con elegancia y corrección. De la misma manera, las especulaciones más abstractas acerca de la naturaleza humana, a pesar de ser frías y

áridas, llegan a ser de utilidad para la *moral práctica*, con lo que pueden hacer que esta última ciencia sea más correcta en sus preceptos y más persuasiva en sus exhortaciones<sup>100</sup>.

<sup>100</sup> En carta a Hutcheson de 17 de septiembre de 1739 (*Letters*, I, págs. 32-35) Hume proponía ligeras variantes a estas frases con que concluye el *Tratado*. Es interesante mencionar, a este respecto, que Hume acude de nuevo a su «pasión dominante», el ansia de fama literaria: «A pesar de que ambiciono más ser tenido por amante de la virtud que por escritor refinado, es necesario con todo que tenga en cuenta esta última reputación, si ello no me lleva en ningún caso a dejar de servir a la virtud.»

Nada desearía más que el tener una oportunidad de confesar mis errores, y consideraría ese retorno a la verdad y la razón como más honroso que la posesión del juicio más infalible. El hombre libre de errores no puede pretender otra alabanza que la debida a la exactitud de su entendimiento. Pero quien corrige sus errores muestra, a la vez, la exactitud de su entendimiento y la sinceridad y franqueza de su carácter. No he tenido la fortuna de descubrir errores de mucha importancia en los argumentos expuestos en los volúmenes precedentes, salvo en un punto, pero he visto por experiencia que algunas de mis expresiones no estaban tan cuidadosamente escogidas que evitaran todo malentendido en los lectores. El presente apéndice ha sido añadido precisamente para remediar este defecto.

No se nos puede inducir a creer en una cuestión de hecho, a menos que su causa o efecto nos estén presentes; pocas personas han tenido, sin embargo, la curiosidad de preguntarse cuál es la naturaleza de esa creencia basada en la relación de causa y efecto. En

<sup>101</sup> Las adiciones que figuran en el *Apéndice* han sido insertadas en el lugar correspondiente. Como posiblemente resultase extremado comentar los propios comentarios de Hume sobre su obra, no he querido cargar el *Apéndice* con notas. Sólo debe indicarse que su primera parte se refiere a I, III, secciones 7 a 10, y su segunda, a I, IV, 6.